

Anhelo de raíces

MAY SARTON

TRADUCCIÓN DE
MERCEDES FERNÁNDEZ CUESTA



Feliz aquel que, tras dilatado vagar,
pudiera como el viejo Ulises variar el rumbo,
poner al fin proa a casa, primer manantial,
y, curtido y en sazón, plantar su sueño profundo.

May Sarton, Después de Bellay

PRÓLOGO

El ancestro vuelve a casa

Había vivido a mi aire en todo lo que esta casa es y significa para mí durante ochos años hasta que me traje al «ancestro». Cuando me subí a un taburete para clavar una escarpia lo suficientemente firme como para sujetar la tela, el pesado marco de roble y el propio retrato, supe que estaba realizando un acto simbólico, y así ha sido desde el principio, de manera que todo lo que hago aquí reverbera, y si por cansancio o falta de atención pulso una nota falsa, se duelen la casa y la mística con la que vivo. Pero ahora, al desmontar el marco y poner en él a Duvet de la Tour, fue como una nota de triunfo, como si una obra musical entretejida con muy diferentes temas alcanzara un final satisfactorio.

—¡Bueno, viejo, aquí estamos!

Él había pasado mucho tiempo llegando a través de los siglos, cruzando el océano desde Normandía; yo había pasado mucho tiempo creciendo en Europa y en América. Ahora, con cincuenta y cuatro años y siendo la última de mi familia, me planté en el suelo amarillo del salón y alcé la vista a aquella presencia del siglo XVIII: casaca roja, peluca blanca con tirabuzones y cara astuta de normando. Justo a su izquierda llevaba el escudo, la torre de su nombre, «de la Tour». Siempre me había divertido el nombre, tan romántico para un viejo tan racional. También tiene sus reverberaciones. Hay un encanto en el contraste entre «Duvet», que significa «plumón», como en «plumón de cisne», y la pequeña y firme torre achaparrada. El nombre sugiere gentileza y fuerza; lo paladeo y creo que se adapta a esta casa, que ha sido tan confortable como el plumón de cisne, un nido

acogedor en tiempos turbulentos, pero que también ha sido una torre firme, una defensa contra el mundo.

El retrato cuelga sobre una cómoda flamenca, tal como podría haber estado en su propia casa señorial en Noordpeene, integrándose perfectamente en la casa, hasta el punto de que desde aquel primer día apenas reparo en su presencia. Es como si siempre hubiera estado ahí, mirándome con una mueca divertida, para recordarme que si mi cabeza está en las nubes haría bien en asegurarme de tener los pies firmemente plantados en el suelo.

También me parece gracioso darme cuenta de que había muerto tan lejos aproximadamente en el mismo año en que se había construido esta casa en el pueblo de Nelson, en Nuevo Hampshire. En 1803, Duvet de la Tour llegaba al final de una vida muy larga. Nacido en 1700, su mayor ambición debía ser, cosa que hizo, vivir todo el siglo XVIII hasta los albores del XIX, ganándose así la fama «de hombre de los tres siglos». Este epíteto es todo lo que conozco sobre él, además de que, cuando le preguntaban cómo se las había apañado para vivir tanto tiempo, contestaba que con «media pinta de aguardiente de manzana y media barra de pan cada mañana para desayunar». (Estoy pensando en seguir el mismo régimen después de los noventa.)

No se le conocen hazañas, pero en la perspicacia, la comicidad, la sensatez de su rostro lleva claramente escrita toda su vida. Por supuesto que le horrorizaría el paisaje descuidado de las afueras de Nuevo Hampshire, las excrecencias de granito que yacen como enormes bestias en mis campos sin cultivar, el crecimiento asilvestrado de mis bosques, que, desde que se talaron hace años, solo sirven para refugio de ciervos, perdices, mapaches y zorros. Tampoco aprobaría mi jardín inglés de arriates

frondosos, una maraña desordenada comparada con los rígidos parterres que debió de poseer en Noordpeene. Pero sí que aprobaría mi viejo granero, lleno, ahora a finales de agosto, de heno recién cortado, aunque el heno no fuera para mis vacas, sino para los vecinos que lo habían segado para mí. Aprobaría el carácter de la gente que había vivido aquí en Nelson desde finales del siglo XVIII, ya que también tuvieron que ser astutos, tercos y dotados de humor y orgullo para poder sobrevivir —y algunos de ellos no negarían la veracidad de su receta para una larga vida!—.

Mis padres todo el tiempo hablaban de Duvet de la Tour como *el* ancestro, como si no hubiera habido otros, porque era el único del que existía retrato. Tal vez sea *el* ancestro, pero existe un antepasado inglés cuya presencia sin imagen a veces evoco, porque lo que tengo es la historia de su vida, un delicioso librito publicado en Londres en 1805. John Elwes era prácticamente contemporáneo de Duvet de la Tour, aunque no vivió tanto tiempo, por una muy buena razón. Era un avaro, hasta de renombre, porque se dice que se dejó morir de hambre. Al mismo tiempo, este hombre curioso era a veces generoso hasta la prodigalidad, como aquella ocasión en que pagó miles de libras para liberar a un amigo de la esclavitud y hacer posible que se casara. Era un auténtico inglés excéntrico y el polo opuesto al razonable hombre francés, lo que para mí era entrañable. He aquí el testimonio de su biógrafo, lo que Edward Topham dice de él:

Mostraba la indiferencia más valerosa hacia su propia persona y una despreocupación de sí mismo como nunca se había visto en un hombre. Las ocasiones en su juventud

en que debió afrontar peligros inminentes fueron innumerables; pero cuando la edad mermó su ímpetu y hubiera podido hacer del cuidado y la atención a su persona algo natural, no sabía lo que era: no se dejaba ayudar, se sentía tan joven como siempre y creía que podía seguir caminando, montando y bailando sin problemas incluso cuando ya era viejo.

En aquel tiempo tenía setenta y cinco años.

Valga como ejemplo de ello una anécdota, por trivial que parezca. Tenía setenta y tres años. Quería salir a cazar conmigo para ver si un *pointer*, al que yo quería mucho entonces, era tan bueno como el que había tenido en tiempos de *sir* Harvey. Después de caminar durante horas, sin mostrar fatiga, aseguró que no, pero con toda la debida ceremonia. Un caballero que nos acompañaba y que era un cazador muy mediocre, disparando al azar, incrustó dos perdigones en la mejilla de Mr. Elwes, que estaba junto a mí en ese momento. El hombre sangraba, el disparo en efecto le había dolido. Pero cuando el caballero fue a pedir disculpas y a decir que lo sentía, le dijo el viejo: «Mi querido señor, le felicito por sus progresos; sabía que acabaría usted acertándole a algo».

En esta faceta de su personaje, nadie superaba en amabilidad a Mr. Elwes; era la vertiente pecuniaria lo que echaba por tierra, como diría el dramaturgo, «la puesta en escena en su conjunto».

Es curioso observar cómo se las arregló para alternar breves períodos ahorrativos con momentos de derroche sin límites. Después de pasar una noche entera jugándose una fortuna con los

hombres más elegantes y despilfarradores de la época, en habitaciones espléndidas, entre sofás dorados, luz de candelabros y camareros atendiendo su llamada, alrededor de las cuatro de la madrugada se marchaba, pero *no* a su casa sino a Smithfield, para hacerse cargo de su ganado, que venía al mercado desde Thaydon Hall, su granja de Essex. ¡El mismo hombre que, olvidando los ambientes que acababa de dejar, se ponía a discutir en plena calle con un carnicero por un chelín!

Más tarde, John Elwes pasó doce años en la Cámara de los Comunes. «Hay que reconocer —me cuenta su biógrafo— que en todos los aspectos de su conducta y con cada voto que dio demostró ser lo que realmente era, un hacendado *independiente*.»

Pero, por supuesto, lo que hace que John Elwes sea inquietante es esa «extraña *ansiedad y continua irritación* hacia el dinero, la obsesión de ahorrar», como dice Edward Topham. Yo me identifico bien con esta ansiedad. La única vez que yo, esa remota descendiente, hice dinero real con esa forma de juego llamada «escribir para ganarse la vida», me sentí obligada a regalarlo todo o bien lo gasté tontamente en máquinas que se suponía que me iban a ahorrar tiempo pero que me dieron un sinfín de problemas: una máquina de escribir eléctrica que seguía zumbando inquietantemente cuando me paraba a pensar o una lavadora prehistórica que inundó el suelo del cuarto de baño y convirtió la simple operación de lavar la ropa en un suplicio. Para mí, «la irritación» por tener dinero siempre ha terminado en la «obsesión» de no ahorrar, pero la mía es sin duda solo una forma diferente de reacción a la misma característica psicológica.

John Elwes se hubiera sentido más a gusto en una remota aldea de Nuevo Hampshire que Duvet de la Tour. Hubiera aprobado sumamente la frugalidad *yankee* y la sobriedad *yankee*, así

como la prodigalidad *yankee* ejemplificada en esas legendarias damas de Boston que «tienen sombreros» en lugar de comprarlos, pero que donan millones a hospitales, orquestas sinfónicas y fundan universidades para los menos privilegiados.

Me gusta empezar esta crónica evocando a dos ancestros porque en esta casa todos los hilos que tengo en las manos forman la trama de un todo: los hilos de las familias inglesa y flamenca de las que procedo (Suffolk y Flandes), los hilos de mis propias andanzas por Europa y Estados Unidos y esos otros hilos brillantes, los valores que me dieron dos padres extraordinarios. Aquí todos juntos forman una sola urdimbre desplegable y unificadora.

Y ahora viene lo interesante. Empecemos por el principio.

«Hay un tiempo señalado para todo y hay un tiempo para cada suceso bajo el cielo.» Hacia los cuarenta y cinco años o así, yo vivía muy feliz sin tener propiedades y, de hecho, consideraba que tener propiedades era en realidad arriesgado. Entonces no tenía más responsabilidades que mi talento. Vagabundaba, tomaba prestadas las vidas de otras personas, de otras familias, con la añoranza del hijo único; y durante muchos años no me decidía si mi corazón pertenecía a Europa o a América. En cuanto a mis raíces, estaban allí, en la casa de mis padres en Cambridge; en Channing Place, con los baúles flamencos, el escritorio de mi madre y el gran *bahut* con sus columnas de nogal brillante parecían haber encontrado un hogar permanente. Allí, donde el jardín de mi madre creció, floreció y se multiplicó. «Expansión colonial», lo llamó al hacerse cargo del que había al final de la calle, que realmente no nos pertenecía, ¡cuando conquistó un arriate de flores a pleno sol! Allí, mi padre añadió librerías y estanterías para archivadores a medida que crecían sus

bibliotecas de libros y archivos. Era inconcebible que aquellas dos vibrantes personalidades murieran relativamente pronto y que la casa tuviera que venderse. Iba a ser el lugar al que siempre podría volver tras mis aventuras.

Los años entre mi vigésimo sexto (cuando salió mi primer libro de poemas) y mi cuadragésimo sexto (cuando llegué a Nelson) *fueron* aventureros porque, por suerte para mí, tenía que ganarme la vida. Estoy segura de que es algo bueno para un escritor en sus años de formación verse forzado a salir al mundo lejos de sus ansiedades y preocupaciones. Resultó que era buena dando conferencias, en parte porque había sido formada en el teatro para proyectar y utilizar bien mi voz ante la audiencia y no tener miedo a las comparecencias en público.

Cuando hice el primero de mis muchos viajes dando conferencias, en 1939 y 1940, era desconocida, la exdirectora de un antiguo teatro *off Broadway* que había quebrado durante la Depresión, autora de un pequeño volumen de poemas y de una novela. La gira de conferencias para poetas aún no se había convertido en el gran negocio que hoy es. Simplemente escribí a cincuenta universidades y me ofrecí para leer por veinticinco dólares a cambio del alojamiento por unos cuantos días y, antes de darme cuenta, estaba empezando a planear y decidir más de veinte de esas visitas repartidas desde Sterling en Kansas, a Nueva Orleans, y desde Charleston en Carolina del Sur a Santa Fe en Nuevo México. Mi padre se presentó con un nuevo Mercury descapotable y con la promesa de que todos los meses me ayudaría con cincuenta dólares, y todo el otoño, el invierno y la primavera los pasé sola explorando sin prisas.

Hubo considerables ausencias entre mis compromisos cuando mis fondos se agotaban, pero entonces me escondía en algún

lugar a escribir poemas —diez días inolvidables en Eureka Springs, Arkansas; tres semanas en Nueva Orleans, donde conseguí encontrar una pensión por once dólares a la semana, comidas incluidas—. El viaje en sí no fue para nada lo que suele ser una gira de conferencias, un caleidoscopio apresurado de lugares y gentes, sino más bien una odisea reposada, el descubrimiento de mi América. Siempre había buscado la impresión humanizadora e iluminadora de los escritores y poetas sobre aquellos paisajes que veía por primera vez y me sorprendió comprobar lo poco que los habían celebrado. ¿Dónde está el poeta de los valles ocultos y silvestres de Arkansas? ¿De las grandes llanuras vacías y doradas de Texas? ¿Del Delta?

Para mí, el lugar de mayor impacto resultó ser Nuevo México, en torno a Santa Fe, donde pasé dos meses. La austeridad del paisaje, la gran meseta bañada por el sol y dominada por los montes de la Sangre de Cristo, la «tierra del leopardo» salpicada de piñones, me afectó profundamente. Había encontrado uno de los lugares de la tierra donde cualquier ser sensible queda expuesto al poder de las fuerzas invisibles y, de pronto, se siente desnudo y atacado por todos lados por el aire, la luz y el espacio —todo lo que hace que el alma aflore a la superficie—. Allí fluyeron los poemas.

Después estuve sola durante días en Charleston, donde sentí de pronto y por primera vez de qué modo en Estados Unidos todo un estilo de vida se viene abajo en cincuenta años, como en Charleston, donde el cultivo de arroz levantó casas señoriales hoy totalmente abandonadas; o como en Nuevo Hampshire, donde la lana australiana se cargó a las ovejas y los campos dolorosamente despejados volvieron a verdear. Pero en Santa Fe el tiempo no es tan superficial. Allí uno puede profundizar en